R.P. ESTAY

EN UN PORTAL DEL SUR

ÁUREA EDICIONES

Áurea Ediciones

CAPÍTULO 1

1

Hospital de Lota, 1981.

En la penumbra de una sala, una mujer aguardaba con ansiedad la llegada de su hijo. Recostada de espaldas y cubierta hasta el pecho, estaba atenta al regreso de las contracciones que horas antes la habían asaltado. Sin embargo, ahora, un ominoso silencio reinaba en su vientre. Intuía que algo inusual estaba ocurriendo. A pesar de ser su primer parto, su instinto materno le advertía que las cosas no transcurrían como debían.

—Por favor, señor, que mi hijo nazca sano… ¡Por favor! —exclamaba mirando el cielo de la habitación con desesperación, aunque sus palabras apenas resonaban en la desierta sala. Era su mente, más que su voz, la que suplicaba por la salud de su bebé—. Señor… por favor…

Una mano cálida tocó su frente; lentamente, entreabrió los ojos y encontró el rostro amable de la enfermera.

—Tranquila, mamita… Esperaremos un poco más. Si

ÁUREA EDICIONES

no hay contracciones, la enviaremos a casa… descanse.

—Pero no siento nada, no siento movimiento adentro —susurró, con un dejo de preocupación.

La enfermera, sorprendida, inspeccionó el vientre de la mujer y quedó estupefacta al notar que había perdido volumen. Palpó con cuidado, su rostro se tornó pálido, y sin decir una palabra salió de la habitación.

La mujer, presa del temor, se aferró a su vientre y una lágrima solitaria surcó su mejilla. Segundos después, el doctor irrumpió en la habitación con premura y comenzó a examinar a la mujer. Colocó su estetoscopio sobre el vientre y su expresión se tornó sombría. Su rostro palideció, pero algo captó su atención.

Sintió humedad en su pierna y al mirar hacia abajo, descubrió que algo goteaba del borde de la cama. Sin demora, levantó las cobijas por completo y quedó impactado al ver al bebé reposando sobre las sábanas, aún envuelto en su bolsa. El cordón umbilical aún lo unía a su madre.

El hombre rápidamente abrió la bolsa, tomó al bebé y lo examinó con atención.

—A pesar de todo, está bien —informó con un dejo de asombro en su voz.

La mujer sonrió con alivio y dirigió una mirada de gratitud al cielo. El momento había sido extraordinario y desconcertante; no había sentido el instante en que su hijo llegó al mundo, pero allí estaba, sano y salvo, frente a ella.

En el pasillo, justo afuera de la sala, un hombre deambulaba en círculos, anhelando encender un cigarrillo para encontrar algo de calma. Cada voz que llegaba a sus oídos lo hacía levantar la mirada con el corazón latiéndole con fuerza, esperando que fuera el médico indicado, aquel encargado de comunicar las noticias sobre el parto de su esposa.

ÁMBAR EDICIONES

Permaneció así un par de minutos, hasta que escuchó que lo llamaban.

—¿Señor Hernández? —dijo un hombre vestido de celeste mientras se acercaba.

—Dígame, doctor… ¿Cómo está mi hijo?

—Está bien… Sin embargo, tuvimos algunas complicaciones poco usuales y tendrá que estar en observación.

—¿Pero, se va a poner bien?

—Esperemos que sí. Pero las siguientes cuarenta y ocho horas son cruciales.

—Que salga todo bien —dijo el hombre tomándose la cabeza con ambas manos—. ¿Y mi esposa?

—Ella está bien… estable… puede verla si así lo desea.

El hombre asintió con la cabeza y siguió al doctor hasta la sala.

—Solo un minuto, ¿está bien?

El hombre asintió nuevamente y el doctor salió de la habitación.

—¿Cómo está Daniel, mi amor?

—Bien, mi amor... El doctor me aseguró que se recuperará... Estará bajo observación, pero todo saldrá bien... No te preocupes... Tranquila —susurró mientras le besaba la frente.

Y así fue. Días después, Daniel estaba en su cuna, y en lo que sería su hogar durante algunos años.

Muchas personas vinieron a verlo, pues él era especial. Había nacido con la capacidad de percibir, sentir y entender cosas que el resto de la gente no podía o simplemente se negaba a comprender. Desde su cuna, Daniel miraba con ojos curiosos cómo personas que ya habían partido al otro mundo, se acercaban a su lado, cada una con su historia, sus recuerdos y sus emociones.

ÁUREA EDICIONES

Entre los visitantes, había quienes irradiaban una calidez reconfortante, como si quisieran transmitirle su amor y protección. Otros, en cambio, parecían cargar consigo una pesada carga de tristeza o desesperación, y aunque Daniel no pudiera entenderlo en palabras, podía sentirlo en el ambiente que los rodeaba.

En la atmósfera de la habitación flotaba una extraña sensación de solemnidad y quietud. Los visitantes vestían ropas antiguas y descoloridas, un contraste con el entorno moderno de la casa de Daniel. Sus movimientos eran lentos y pausados, como si estuvieran en un mundo distinto al de los vivos.

Aquella sala de estar se convirtió en un crisol de emociones y energías, donde el tiempo parecía diluirse entre el velo que separa la vida y la muerte. Aquellos primeros días en el mundo fueron un desfile silencioso de almas que buscaban un vínculo con él.

El ambiente helado de la habitación contrastaba con el cálido resplandor de la estufa encendida, que luchaba por disipar la gélida sensación que envolvía el lugar.

—Uff, Carmen, la habitación está muy helada, mi amor—exclamó Horacio al entrar, frunciendo el ceño mientras la piel de sus brazos se erizaba.

—Pero si la estufa está encendida, mi amor, quizás está muy baja… —respondió Carmen con calma, deslizando sus pantuflas rosadas por el suelo con delicadeza.

—Entonces hay que subirla un poco más —decidió Horacio, acercándose a la estufa. Se arrodilló junto a ella y giró la perilla, haciendo que la segunda parrilla se encendiera y llenara la habitación con un cálido resplandor.

Daniel recibió la última caricia fría de uno de sus visitantes y observó cómo, uno a uno, comenzaban a abandonar

ÁUREA EDICIONES

la habitación, desvaneciéndose en la penumbra mientras el calor de la estufa cobraba protagonismo en el espacio.

—¿Viste? Era eso, la temperatura subió de inmediato —observó Horacio, aliviado al sentir el cambio en el ambiente.

—Sí... tenías razón. Bueno, le voy a dar de comer al bebé más precioso de todos… —respondió Carmen, alzando con cuidado a Daniel entre sus brazos y modulando una voz graciosa.

—Uy, mi amor, tienes las manitos heladas... Bueno, vamos a tomar lechecita entonces —añadió Carmen con ternura, acomodándose en la cama para alimentar al pequeño. Mientras tarareaba suavemente una canción, Daniel se aferraba a su pecho con ansias, buscando el consuelo y el calor de su madre.

Durante el primer año de vida, Daniel experimentó una aparente normalidad en sus días, en marcado contraste con las singulares vivencias que lo aguardaban en su adolescencia.

Como bebé de apenas un año, Daniel se dedicaba serenamente a jugar con sus coloridos cascabeles. Para Carmen, resultaba sorprendente el hecho de que su hijo nunca derramara una sola lágrima, ni siquiera en los momentos en que ella no se encontraba a su vista. La explicación a este fenómeno era sencilla: Daniel nunca estaba solo.

Siempre había una presencia a su lado; una figura femenina ataviada de blanco, de rostro angelical, un niño de apariencia amigable y en ocasiones, la figura de su propia abuela, la cual había fallecido un par de meses antes.

Para Daniel, sin entender aun su don, todos ellos eran parte de su familia.

ÁUREA EDICIONES

Con el paso del tiempo, Daniel continuó su proceso de crecimiento, destacándose por su agudeza mental y su creatividad. A la edad de cuatro años, comenzó a percatarse de su peculiar don. Se dio cuenta que, en los lugares que frecuentaba percibía la presencia de personas que solo él podía ver y escuchar. Sus voces se manifestaban en susurros que resonaban cerca de sus oídos, aun cuando las personas estuvieran a varios metros de distancia.

Fue en esa misma edad, cuando un día domingo, cerca de las 19:40 tuvo una de las tantas experiencias extrañas en su vida.

Daniel se encontraba sentado frente al televisor junto con su madre mirando *E.T., el extraterrestre*, una de sus películas favoritas, cuando comenzó a sentirse mareado. Su madre lo sacó al balcón para que tomara aire y a lo lejos, vio la tierra hacer una ondulación fuera de lo común. Imaginó a una gran serpiente enrollándose bajo la tierra e inmediatamente después comenzó un terremoto. Sus ojos percibieron una sinuosidad en el horizonte, como ondas de calor que salían a la superficie por el movimiento que comenzaba a sacudir el país. Se aferró a su madre, cerró los ojos y esperó a que eso eternos dos minutos terminaran pronto.

En ese momento, quizás debido a la energía que soltó la tierra, su percepción se agudizó. Su madre comenzó a notar que el estado de ánimo de su hijo cambiaba repentinamente. Con el tiempo, Daniel se dio cuenta de que esta también era una manera de manifestación de los espíritus, ahora podía sentir lo que ellos sentían. Lo había sentido antes, pero solo fue en una ocasión y fue con un espíritu que recién era despojado de su cuerpo.

Cada vez que pasaba frente a la plaza de Lota bajo, en la parroquia, sentía ganas incontrolables de llorar. Sentía

ÁUREA EDICIONES

un enorme pesar y angustia cuando veía a la muchacha que había terminado con su vida de forma abrupta cerca a ese lugar. A pesar de la tristeza del espíritu, a la distancia, siempre lo saludaba con la mano.

Inicialmente, esta percepción no parecía inquietarlo ni causarle temor, al menos no hasta que alcanzó los siete años. Fue entonces cuando empezó a tomar conciencia de la singularidad de su experiencia y comprendió que lo que observaba y escuchaba no era algo común.

Esto lo descubrió cuando, junto a su familia, visitó el Parque Isidora Cousiño. Quedó maravillado con los imponentes leones de hierro que resguardaban la entrada al lugar y la hermosa casa del Guardaparque al otro lado de la reja que, a pesar de estar cargada de espíritus, no tenían intención alguna de comunicarse con él. El lugar era maravilloso por la energía de la naturaleza, pero cuando llegaron al centro, específicamente a la gruta artificial detrás de la tumba de Carlos Cousiño, su percepción comenzó a cambiar.

Un desfile de voces raras y sensaciones nuevas e incómodas remecieron sus sentidos. A pesar de que la entrada estaba cerrada con reja y candado, a la distancia podía percibir algo realmente poderoso y extraño, una energía sobrenatural que ahí se ocultaba. Como respuesta a este descubrimiento, comenzó a dormir con la luz encendida, buscando cierta sensación de seguridad.

Todo este miedo se acrecentó cuando su amigo de cuatro patas, que lo había acompañado por cinco años, desapareció sin dejar rastro. Su amigo no acostumbraba a salir, pero desapareció una noche después de un fuerte temblor nocturno. Él lo vio por la ventana justo en el momento que salía corriendo asustado. Le gritó con todas sus fuerzas, pero su perrito, Luke, no miró atrás. Lo buscó sin descanso por

ÁUREA EDICIONES